

# Asociaciones culturales

---

## UNIVERSIDAD LIBRE (1)

Entran hoy en su segundo ciclo las tareas comenzadas el año pasado por la Universidad Libre. Su trabajo será llenado esta vez con más amplitud quizás, pero siempre dentro del programa que se impuso en un principio, de servir a la comunidad como un instituto de cultura general a base de cursos breves y conferencias sobre tópicos científicos, literarios y artísticos de interés fundamental.

Esta asociación se ha dado a sí misma, como veis, un nombre acaso demasiado sonoro; pero creed que por lo menos ese nombre habrá de servirle de enseña y de programa para su acción futura. Siguiendo la admonición de Emerson, hemos atado nuestro carro a una estrella, poniendo nuestras miras en una alta finalidad.

Así, aunque nuestros principios hayan sido y continúen siendo modestos, por cuanto no nos será posible nunca duplicar exactamente las actividades de las universidades oficiales, procuraremos por lo menos jalar, por decirlo así, el perimetro que, dentro del radio de la educación pública debe corresponder a las instituciones que no dan a la cultura el mero valor de un signo que comporta ciertos privilegios sociales o profesionales, sino que la consideran como un bien que es menester distribuir a manos llenas.

Obsérvese que en todas las naciones del mundo sin exceptuar ninguna, el concepto de la cultura impartida por el estado no ha perdido todavía los resabios que trae como herencia de épocas en las cuales no se daba a la ciencia y a la verdad el valor social que hoy se les atribuye. Así vemos que aún en la hora actual, cuando nadie se atrevería a negar que la educación no vale sólo por su contenido de instrucción específica sino por las capacidades que desarrolla en el individuo, habituándolo a raciocinar y a descubrir la verdad en los mil incidentes de la vida que lo reclaman, los gobiernos continúan considerando la educación en su aspecto más estrecho y utilitario, la preparación profesional, al punto que se ha po-

---

(1) Palabras pronunciadas por el Sr. Ernesto Nelson en la inauguración de los cursos y de presentación del conferenciante profesor Holmberg, de la «Universidad Libre», institución de cultura popular.

dido decir con razón que la misma escuela pública, no obstante la plataforma democrática sobre que parece alzarse, es en realidad el primer cimiento de una cultura académica que tiene muy poco valor intrínseco, es decir, como instrumento de lucha para la conquista del pan, en comparación del que tiene como preparación rápida y cómoda para alcanzar una plaza en el aula universitaria.

Los estados, pues, han organizado un vasto sistema de instrucción utilitaria en las artes, los oficios y las profesiones, pero se resisten todavía a distribuir gratuitamente la dádiva del saber, con cuyos beneficios el estado sería el primer ganancioso. Es así que, dado que la instrucción que el estado imparte conduce a la obtención de ciertas prebendas sociales, haya debido organizar sus sistemas educacionales sobre una base de restricciones en virtud de las cuales, si bien es cierto que hay libertad de enseñar, no existe la libertad ilimitada de aprender como no sea sujetándose a cortapisas y requisitos que hacen que la instrucción pública acabe por ser la menos pública de las actividades del estado. Ese concepto, proclamado por los hechos, de que la educación es un privilegio y no un derecho, hace hoy día tan difícil comprender, por ejemplo, que la universidad y el colegio secundario puedan ser instituciones de puertas abiertas en donde no sólo se permita sino que hasta se solicite la presencia de todos aquellos que quieran recibir el bien supremo de la educación.

Muchas veces he sido testigo, en Estados Unidos, del asombroso espectáculo de sus bibliotecas públicas: vastas casas amables, llenas de confort para el que a ellas se acerca, y saturadas de hospitalario espíritu; esas casas que el pueblo mira como suyas; adonde acude el padre a leer los diarios y revistas del día, la madre a hacer labores mientras una empleada de la biblioteca leerá en voz alta una novela de Dickens; adonde al niño lo esperan los deliciosos libros ilustrados por Crane o Miss Wilcox, si no es que también le aguardan las siempre encantadoras emociones de un cuento recitado por una joven sonriente, suave y asequible, al amor de la hospitalaria, inmensa chimenea donde arde casi entero un tronco de encina. Me he preguntado cuál es el secreto del éxito de esas 18.000 bibliotecas que día a día y noche a noche atraen millones de personas, voluntarios de un inmenso ejército que no requiere compulsiones para acudir a aprender. La respuesta no es difícil de hallar: reside en el hecho de que la biblioteca no es una institución adonde el pueblo está obligado a concurrir. Ha debido pues, adaptarse al individuo, atraerlo, hacerle grato el ambiente y servir sinceramente sus necesidades culturales. La escuela empuja, la biblioteca atrae; para la primera la cultura es un privilegio, que se concede con ademán frío y ceño adusto; para la segunda es un derecho que se satisface con gesto solícito y una sonrisa de simpatía. Por eso son esas instituciones tan admirablemente humanas, tan gratas, tan accesibles. Y es todavía digno de meditarse el hecho de que cuanto más libres ellas son, cuanto más amables, tanto más apretada

es la multitud que las invade y tanto mayor, al mismo tiempo, el provecho que ellas reportan a la sociedad.

¿Puede la imaginación abarcar en conjunto el cuadro de lo que sería la educación de un pueblo si los recursos y los esfuerzos que ahora se gastan en mantener un sistema coercitivo y cerrado se empleasen en satisfacer la demanda natural de saber cuyo germen trae el hombre desde la infancia más tierna?

Ved pues, como nosotros y las otras organizaciones que en nuestro país han instituído la difusión libre de la enseñanza, podemos hacernos la ilusión de que nos hallamos en los comienzos de una reorganización de los conceptos culturales, y cómo, atando nuestro carro a esa estrella, podemos creernos los precursores de las universidades libres del futuro.

Pero debo cerrar estas digresiones demasiado poco prácticas tal vez, para ceder la palabra al querido y admirado profesor a quien no necesito nombrar y que comenzará esta noche su anunciado curso sobre la evolución. La Universidad Libre se siente honrada al recibir el concurso del sabio que tanto ha enaltecido las ciencias y las letras argentinas en su fecunda y utilísima vida.

Holmberg es a su manera, y todo él, una universidad libre: universidad por lo poliédrico de su espíritu, que recoge todas las luces de la ciencia, del arte, del sentimiento y las devuelve teñidas con los colores de su potente personalidad; y libre, porque Holmberg no reservó sus enseñanzas para la cátedra; no requirió nunca matrícula quien se le acercó para recoger de sus labios la verdad, que él derrochó siempre con prodigalidad de millonario en su tribuna universitaria, en la sobremesa familiar y en gratísimas charlas ambulatorias bajo el cielo abierto, lo que permitió alguna vez que las doce constelaciones del zodiaco, ¡una tras otra!, le saludaran al pasar...

*Ernesto Nelson.*

---

## **El Ateneo de Estudiantes Universitarios**

Al lado de la juventud universitaria que no persigue otro ideal que la aprobación de sus materias, ajustándose estrictamente al programa, y que ha hecho del *diez* la suprema aspiración de su vida, existe otra categoría de estudiantes que, con mayor propiedad, podrían llamarse simplemente estudiosos, que se siente inquietada por todos los problemas, que se presentan en la vida política, intelectual y económica de su sociedad.

Desgraciadamente forman los primeros mayoría abrumadora. No tiene para ellos la carrera, más finalidad, que la de obtener el diploma que les permita el ejercicio de una profesión lucrativa, y suele ser esta última la causa decisiva, en la elección de la rama de las profesiones en que han de orientar sus actividades.